

El doble discurso literario de la extrainsularidad

CON MOTIVO DE LA EMISIÓN DEL SELLO POSTAL EN HONOR del padre Félix Varela, el 2 de octubre de 1997 tuvo lugar una ceremonia en la Iglesia de la Transfiguración de Nueva York, de donde fuera él párroco a principios del siglo XIX. La participación del alcalde Rudolph Guiliani y del Cardenal O'Connor le confirió un carácter de oficialidad a lo que, para los cubanos allí congregados, constituía un acto emotivo y solemne. La frialdad otoñal y el ámbito vertiginoso y cosmopolita de Nueva York prestaban un tono antielegíaco a aquel momento inédito. Un acto similar se había celebrado ese verano en el Instituto San Carlos de Cayo Hueso, pero la Florida es, por extensión, el marco hereditario de cuanto atañe al legado nacional fuera de Cuba.

Presentaciones análogas se llevarían a cabo en Filadelfia, Chicago y San Agustín entre 1997 y 1998, siguiendo la trayectoria de las tres décadas que permaneció el presbítero en los Estados Unidos. Treinta años son muchos años; son casi la vida de un ser humano; casi la total duración de la Diáspora actual.

El exilio político tiene hondas raíces en la historia de la nación cubana. De 1824 data la presencia del discurso cubano en los Estados Unidos, cuando el padre Varela comienza a publicar *El Habanero* en Nueva York, llevado posteriormente a Cuba, donde circulaba de modo clandestino. Ese año escribe Heredia su «Oda al Niágara», otro hito de gran significación en nuestras letras.

Había el poeta abordado apresuradamente un bergantín en La Habana rumbo a Boston, bajo cargos conspiratorios. Heredia estrena así el papel que desempeñara incontables veces el escritor cubano a lo largo del tiempo. Su «Himno del desterrado» prefiguró después el guión de un rito que habría de arraigar con furia en la partitura nacional —el

Loures Gil

desdoblamiento, físico y moral, del escritor. Como Lutero en su Tesis de Wittenberg, Heredia anuncia y denuncia a la vez el desplazamiento que irá ya siempre acompañado por una travesía interior de redefiniciones angustiosas.

Si a José María de Heredia corresponde el que la isla «se convirtiera en patria» en el texto poético, como ha indicado Cintio Vitier, «no deja de ser significativo el hecho de que la primera iluminación lírica de Cuba se verifique desde el destierro». ¹ Desde la extraterritorialidad, y sobre todo desde los Estados Unidos, se ha pensado a la nación cubana. Gran parte de los textos fundacionales cubanos se ha gestado o publicado en los Estados Unidos. La obra estructurada por los escritores del XIX en tierras norteamericanas abarcó todos los géneros —ensayos de Saco, de Luz y Caballero, de Enrique José Varona; la versión completa de *Cecilia Valdés*; el *Francisco* de Anselmo Suárez y Romero; la primera edición de la poesía de Heredia, y lo que se llamó «El laúd del desterrado», formado por media docena de poetas, cuya figura más destacada fuera Juan Clemente Zenea. Huelga mencionar que la más extensa y conocida obra de José Martí fue escrita y publicada en los Estados Unidos.

La hechura histórica del discurso seminal de nuestra literatura ha sido tan extraterritorial como insular. Y no sólo en Norteamérica, pues las dimensiones geográficas ultramarinas colocan la obra de Gertrudis Gómez de Avellaneda en España, la de Heredia en México, la de la Condesa de Merlín en Francia. El revalorar esa genealogía discursiva que desde su matriz contiene espacios no-cubanos, exige entonces que nos apartemos de los criterios interpretativos convencionales. Solamente una reorientación capaz de recoger el entramado disperso fuera de la isla, más acorde con las transformaciones propias de los tiempos que vivimos, podrá prestar un sentido orgánico y una cohesión al actual desparramo de nuestra cultura. Recuperar y reinterpretar el discurso extrainsular durante la crisis de legitimidad de la presente generación es casi imperativo.

Últimamente se han hecho gestiones notables de restauración, orientadas a descifrar el papel que ha jugado la escritura de la Diáspora. Entre éstos, cabe destacar las investigaciones realizadas por Pedro Pablo Rodríguez y el Centro de Estudios Martianos en Nueva York, que reconstruyen una cartografía de la vida de Martí y sus contemporáneos emigrados a esta ciudad y representan un paso en esa dirección. ²

Pude acompañar a Pedro Pablo en alguno de sus recorridos y observar cómo verificaba el sitio exacto de las diversas imprentas donde se publicaron el *Ismaelillo*, los *Versos sencillos*, *La edad de oro*, así como los talleres de redacción de *Patria*. Sus visitas incluyeron momentos indelebles de nuestra historia fundacional —los salones donde se congregaban los emigrados a escuchar los discursos

¹ Cintio Vitier, *Lo cubano en la poesía*. La Habana: Instituto del Libro, 1970, p. 88.

² Ver el *Atlas histórico-biográfico José Martí*, La Habana: Instituto Cubano de Geodesia y Cartografía y Centro de Estudios Martianos, 1983, entre otras publicaciones.

de Martí; el centro de reuniones del Consejo del Partido Revolucionario Cubano. ¿Qué calificativo podría describir este peregrinaje por la cotidianidad y sus crudezas, de la figura más mitificada de la historia de Cuba? Es indudable que semejante recorrido entraña una legitimidad histórica de la extraterritorialidad cubana.

Frente a estos hechos testimoniales, ¿podemos comenzar el nuevo siglo sin reorganizar el corpus literario cubano? ¿Podemos hablar de la escritura del exilio actual y situarla en el contexto nacional sin tomar en cuenta los desvíos y los descuidos que la anteceden? ¿Podemos soslayar, a la hora del análisis, la férrea polea de las ideologías que corroen nuestro discurso desde hace cuarenta años?, ¿y no quedará amputado ese discurso, desde cualquiera de los ángulos del espectro político que lo coloquemos? Con decenas de escritores relegados a la no-existencia, y otras tantas decenas legitimados o sobrevalorados según sus afiliaciones partidistas, el muro de Berlín que separa a nuestro pueblo, mantiene a su vez el fraccionamiento de nuestro discurso.

¿Cómo reconciliar estos antecedentes? ¿Desdeñando las circunstancias políticas del país y cabalgando por encima de los partisanismos? ¿No se traicionan los acontecimientos más trascendentales de la historia cubana si borramos cuarenta años de transformación en el orden moral y social de la cubanidad? Sería de avestruces esconder la mirada e ignorar las profundas escisiones con que el proceso revolucionario ha atravesado el tejido nervioso de la nación. Nuestro discurso ya es otro. Se ha quebrado y rehecho; se ha bifurcado y reencontrado. Desconocerlo sería desconocernos.

Desconocernos sería también no admitir, en las evaluaciones críticas, la afirmación gravitacional del discurso cubano hacia y desde los Estados Unidos. Su trayectoria evolutiva ha asignado un papel singular al vecino del Norte. (Entiéndase que nos referimos al vínculo discursivo y no a un determinismo historiográfico que justifique la intervención de ese país en los destinos de Cuba). En su ensayo «La nación y su formación histórica»,³ Jorge Mañach alude a las «ideas de gravitación hacia alguna masa histórica mayor» que surgen en la isla. «La conciencia de isla», advertía Mañach, «permite a Cuba descubrir su propia insularidad y la responsabilidad de su destino, pero aún no las fórmulas para realizarlo». Varados en el punto medio entre la conciencia de isla y la conciencia de una gravitación, ¿no será hora de emprender el camino para descubrir esas fórmulas que señalara Mañach?

Rafael Rojas, en su ensayo «Viaje a la semilla: instituciones de la antimodernidad cubana», adjudica al padre Félix Varela el planteamiento originario de lo que Lezama denominó más tarde «una teleología insular». Aunque, para Rojas, el pensamiento fundacional vareliano va mucho más lejos:

¿Alguien en el mundo de 1818 concebía la patria como motivo de reflexión filosófica? Quizás, sólo el presbítero Félix Varela. La voz patria había resonado

³ Jorge Mañach, *Historia y estilo*. La Habana: Ed. Minerva, 1944.

en los discursos de Robespierre ante la Convención y en los versos de «La Marsellesa», pero nunca en las doctrinas especulativas.⁴

Desde la ciudad de Nueva York y en las páginas de *El Habanero*, el padre Varela desarrolla una ética de sacralización de la naturaleza insular que las sucesivas generaciones incorporan a la utopía nacional y que adquiere cuerpo político con la utopía republicana de Martí. El magnificar la condición de isla acendró las tendencias, manifiestas ya en el XIX, a concebir el destino de Cuba vinculado al aislamiento. Para Heredia no era en vano el que la inmensidad del mar separara a Cuba de España, sino más bien la garantía de una futura libertad.⁵ Pero cifrar el destino nacional en el aislamiento desprendía a Cuba «del eje de la modernidad» y la colocaba en una zona de resistencia⁶. Desde ahí la marcarían las peligrosas siglas de la discontinuidad espacial y temporal.

Esa discontinuidad que preocupaba a Rojas se agudiza con la polarización del discurso cubano que trajo consigo la Revolución. La cultura cubana se proyecta una vez más, ahora con mayor violencia e intensidad que en el XIX, hacia el exterior de la isla. Los escritores que optan por el destierro van al encuentro de un destino común —la repetición de la fuga iniciática herediana de 1823.

Pero la expatriación no los desplaza hacia la marginalidad, en viva contradicción con los edictos oficiales del autodenominado discurso hegemónico de la nación. El protagonismo de nombres que han alcanzado reconocimiento internacional, como Cabrera Infante, Gastón Baquero, Severo Sarduy, Heberto Padilla, Lydia Cabrera, Jorge Mañach, Benítez Rojo, Pepe Triana y Reinaldo Arenas habla por sí solo. Más recientemente, se suman a esas filas Jesús Díaz, Manuel Díaz Martínez, Norberto Fuentes y Zoe Valdés. En décadas anteriores, habían emprendido el éxodo Labrador Ruiz, Lorenzo García Vega, Lino Novás Calvo, Nivaria Tejera, Justo Rodríguez Santos, Carlos Montenegro, Cesar Leante, Carlos Victoria, Pío Serrano, René Ariza, Mayra Montero, René Vázquez Díaz y muchos otros que ocuparía varias cuartillas el nombrar.

En modo alguno es la de ellos una obra periférica o tributaria de la de quienes permanecen en la isla. «Si la condición del exiliado fuera excluyente, ni Heredia ni Martí serían cubanos», ha dicho Heberto Padilla en su ensayo «Mas allá de nuestros antagonismos».⁷ Desvirtuar la función protagónica de los escritores de extramuros en las letras cubanas constituiría un desacierto. Y lo llamamos desacierto para no designarlo de malévolo. O, por lo menos, ingenuo.

⁴ Rafael Rojas, «Viaje a la semilla: Instituciones de la antimodernidad cubana». *Apuntes Posmodernos* (1993): 13.

⁵ En su «Himno del desterrado», Heredia asegura que Cuba se verá «libre y pura», pues «del tirano es inútil la saña, / que no en vano entre Cuba y España / tiende inmenso sus olas el mar». Adjudica así a la distancia entre los dos países, y al océano entre ambos, una protección para la isla que culminará en su liberación.

⁶ Rojas, 18.

⁷ Heberto Padilla, «Más allá de nuestros antagonismos». *Bipolaridad de la cultura cubana*, ed. René Vázquez Díaz, Estocolmo: Centro Internacional Olof Palme, 1994, p. 47.

No se trata tampoco de un fenómeno que nos ocurre aisladamente. En el contexto de una época trágicamente convulsionada por enfrentamientos bélicos y transformaciones geopolíticas, inferimos una correlación entre los factores extraliterarios y el peregrinaje del escritor del siglo XX. El exilio (voluntario o impuesto) forja el hierro que más hondamente marca la escritura contemporánea: Nabokov, Joyce, Hemingway, Gertrude Stein, Henry Miller, Joseph Conrad, Isak Dinesen, Juan Ramón Jiménez, Ionesco, Alberti, Marina Tsvetayeva, Beckett, María Zambrano, Thomas Mann, Paul Bowles, Marguerite Duras, Joseph Brodsky, Marguerite Yourcenar, Milosz, Goytisolo, Cortázar, Manuel Puig, Jamaica Kincaid. Las rupturas traumáticas y la transgresión de los espacios geográficos han subvertido las nociones de la cultura y han desestabilizado las fronteras de las literaturas nacionales.

El desarraigo escritural, entonces, no es exclusivo de Cuba. Y es en el epicentro de la vorágine de la posmodernidad que se produce la bifurcación del discurso literario cubano. El desplazamiento de más de dos millones de la población hacia una existencia extrainsular coloca a la sensibilidad cubana en medio de otras culturas y otras formas de vida. La cubanía no puede eludir una redefinición dentro de las coordenadas de estas nuevas dimensiones. El disloque territorial y el desajuste histórico de la nación transmutan el entorno y la geografía; la conciencia y la intimidad; el paisaje nativo «rodeado de agua por todas partes» y el paisaje interior, delimitado por esas mismas aguas. Forzosamente, la diáspora nos conduce a una relectura que permita abarcar la (des)configuración del discurso; a replantear la relación elemental entre los espacios: el mítico y el real; el mental y el físico.

Señalaba Kant que las relaciones en el espacio establecen una reciprocidad completa y exacta entre dos sustancias que coexisten. ¿No hemos sido testigos de esta reciprocidad? La vida cubana —sus excesos y transgresiones, su patología y decadencia—, transcurre, brutal e ineludiblemente recíproca, en la simultaneidad del espacio interior y del exterior de la isla. De igual manera, la expresión escritural ensambla esa argamasa subcutánea desde las ciudades huéspedes donde han fijado residencia nuestros escritores. La multiplicidad de los espacios literarios cubanos testimonian cómo, aun separado de su fuente primaria, nuestro discurso se articula y reclama su cristalización, a pesar de, o conjuntamente con, otras culturas y lenguas.

Esta labor creativa persiste, no obstante, en medio de elementos desfavorables que no podemos eludir. Para el escritor exiliado se ha quebrado el *continuum* con el habla y la cotidianidad de la isla, tras décadas de precaria comunicación. Se ha interrumpido el flujo que ejerce el medio natural sobre la escritura. El desequilibrio nacional y el desarrollo independiente de los discursos han producido transformaciones lingüísticas en los giros expresivos, en el léxico, y hasta en la entonación misma del habla. A contrahilo de estos distanciamientos, la mayoría de los escritores, tanto dentro como fuera de Cuba, ha mantenido una adhesión intelectual por el destino insular más allá de lo contingencial de su tiempo, y por encima de las marginaciones político-culturales.

Desde los primeros años de exilio, los escritores se negaron a aceptar la empecinada labor de los organismos de cultura cubanos por erradicarlos del canon hegemónico que instauró la Revolución. Combatieron su aislamiento desde Miami, Nueva York, Madrid, Londres, París, Caracas, México y otras ciudades, manteniendo una red de comunicación desde el exterior de la isla, que abarcó desde la forma epistolar hasta la publicación de innumerables revistas de cultura y pensamiento. Muchas de estas revistas —*Exilio*, *Enlace*, *Escandalar*, *Cubanacán*, *Opiniones*, *Mariel*, *Lyra*, *La Nuez*, *Ujule*, *Cuban Studies*, *Apuntes Posmodernos*, *Latino Stuff Review*, *Linden Lane*, *Encuentro*— tuvieron una vida efímera, pero las últimas cinco aún se publican.

Desde sus propias editoriales y librerías, en antologías y congresos, los escritores de la diáspora han dado fe de su vocación literaria, y de una sincronización con las preocupaciones morales y estéticas en torno al ángel fulminante de la cubanidad. La vitalidad de sus proyectos y la calidad de los textos desmienten toda predicción o cálculo. Ni la dispersión territorial, la enormidad de la tragedia nacional o la longevidad de un proceso político fallido, han menguado este empeño.

Quizás los primeros sorprendidos fueran los mismos escritores. Ni Cabrera Infante, ni García Vega, Sarduy, Benítez Rojo o Nivaria Tejera, imaginaron que escribirían la mayor parte de su obra en el destierro. Tampoco Gastón Baquero, Arenas, Lydia Cabrera, Labrador Ruiz, Mañach, Novás Calvo o René Ariza sospecharon que habrían de morir sin haber regresado.

Ningún presagio advirtió la reaparición, en el exilio actual, de algunas pautas cuyas semillas germinaban ya durante la emigración del XIX. La transgresión de los espacios, por ejemplo, va acompañada esta vez por la transgresión lingüística, que asomaba su perfil en los años que precedieron a la Guerra de Independencia. Las amonestaciones de Martí en su texto «La educación en el extranjero»,⁸ suscitadas por una visita al Colegio de Tomás Estrada Palma en Central Valley, señalaban que:

...el lenguaje es el producto, y forma en voces, del pueblo que lentamente lo agrega y acuña; y con él van entrando en el espíritu flexible del alumno las ideas y costumbres del pueblo que lo crió... ¿A qué adquirir una lengua, si ha de perturbar la mente y quitarle la raíz al corazón? ¿Aprender inglés para volver como un pedante a su pueblo, y como extraño a su casa...?

Claramente, Martí temía que se comprometiera la cubanía. No obstante, la primera impresión de quien asiste a aquel congreso bilingüe, es que los discursos no son irreconciliables. Los participantes acuden desde ambas orillas, con ponencias en inglés y en español que analizan por igual la obra de los que escriben en un idioma o en otro. Esta hibridez, tan antinatural en otras

⁸ José Martí, «La educación en el extranjero», *Páginas escogidas*. Madrid: Espasa-Calpe, 1953, págs. 135-137.

épocas, parecería indicar que la naturaleza dual del discurso cubano en Estados Unidos ha logrado una aceptación por parte de los intelectuales de la Isla y los de la Diáspora. O que entre ellos se ha despertado una nueva sensibilidad.

En el caso de las labores de investigación en torno a Cuba en disciplinas tales como la sociología, la antropología y demás ciencias sociales, resulta factible la aplicación de tal criterio. Pero para la creación literaria hay que desechar esta interpretación. Por su propia definición etimológica del latín, literatura significa «el arte de la letra» —el arte de la palabra. Sus orígenes se remontan a la transmisión oral de rapsodas y trovadores, de relatos en torno a la fogata, siempre en la lengua del pueblo. Al entrar en la era moderna de Occidente, las formas vernáculas se integran a la escritura, fungiendo como vehículo de difusión de la cultura y de cohesión orgánica del grupo social. El idioma llega a convertirse en la «definición mejor» de pueblos y naciones. Como elemento de poder, ha sido la primera imposición de las conquistas y las colonizaciones.

En el caso de nuestro país, la dispersión demográfica le concede al habla cubana un primerísimo lugar en lo que a cohesión orgánica se refiere. Más que el habla propia de la isla, la imagen insular contiene, desde su prehistoria, «la presencia de lo sonoro», como observó Severo Sarduy en su ensayo-homenaje a Gertrudis Gómez de Avellaneda «Tu dulce nombre halagará mi oído». Citando el célebre verso de «Al partir», Sarduy concluye que «lo que significa a Cuba, lo que la representa y la contiene ... es su nombre».⁹

Indudablemente, la cohesión nacional ha quedado socavada por la dislocación del orden social y por múltiples y contradictorios proyectos, tanto internos como externos, que han devenido en un desdoblamiento del pensamiento y el espíritu de lo cubano. Es de notar que el discurso cubano en Estados Unidos ha emprendido nuevos cauces por asumir la dualidad lingüística a partir de la década del 90. Por ello, la praxis de esta nueva dinámica —la revista *Apuntes Posmodernos/Postmodern Notes*, los tomos de *Michigan Quarterly Review* editados por Ruth Behar, *Latino Stuff Review*, el Ollantay Center for the Arts, los congresos del Instituto de Estudios Cubanos, el del Cuban Research Institute y demás simposios celebrados en Nueva York y otras ciudades norteamericanas— nos llevan a cuestionar si el lenguaje constituye el único medio de conservación del patrimonio nacional. Estos encuentros y publicaciones conceptualizan una realidad bífida para el discurso cubano, y yuxtaponen los dos sistemas filológicos bajo la rúbrica de la cubanidad.

Hay que tomar en cuenta, desde luego, la fragilidad del nuevo terreno que pisamos y calibrar su provisionalidad. La aparente ausencia de conflictos en estas exploraciones discursivas podría ser una hiperrealidad. Un espejismo urdido como tabla de salvación en medio del naufragio territorial del exilio, o la autenticación de un pueblo desenraizado, desde un entorno amable u hostil,

⁹ La cita de Sarduy, así como la observación, es de Adriana Méndez Rodenas y aparece en su libro sobre la Condesa de Merlin, *Gender and Nationalism in Colonial Cuba*, Nashville: Vanderbilt University Press, 1998, p. 222.

pero siempre ajeno. Eso que llaman ahora «negociar la identidad». Y no sería prudente adscribirnos a interpretaciones que simplifiquen la singularidad de nuestras circunstancias. Las repercusiones de una lectura somera del doble discurso cubano en los Estados Unidos podrían ser tan peligrosas como las de perseverar en las escleróticas fórmulas excluyentes de análisis literario que hemos seguido hasta ahora.

La manifiesta naturalidad epidérmica con que se viaja de un idioma a otro en una antología o en un tomo crítico, o con que el público escucha una conferencia en inglés y otra en español en un mismo panel suponen, posiblemente, un montaje; una superestructura diseñada por las convenciones académicas. Éstas responden a modas cambiantes, que aplauden hoy al llamado «multiculturalismo», pero que muy bien podrían desecharlo mañana.

En el ámbito de las artes plásticas, por ejemplo, la composición espacial ha logrado una primacía sobre las ideas, como lo constatan las instalaciones en las galerías. Así, algunos críticos pretenden que la composición geográfico-espacial cubana se sobreimponga al rigor necesario de una racionalización del fenómeno de la dualidad discursiva. No olvidemos que no se llega a la convivencia cordial de dos idiomas tan raigalmente disímiles de manera fácil o gratuita. Ante un proceso de tal complejidad debemos concertar que, ocultas en un mar de fondo, subyacen múltiples tensiones sin clasificar.

Enrique José Varona, en su texto «Los cubanos en Cuba», menciona los diversos factores que deben concurrir para que la relación entre un grupo social o nación, y el medio en que éste se desenvuelve, alcance una estructura. Advertía Varona de las determinadas funciones de estos factores, que mantienen el equilibrio interior y exterior del agregado social, y que están sujetas a un doble proceso de adaptación y selección. «He aprendido a considerar las sociedades», escribe Varona «como meros fenómenos naturales, sometidos en su aparición, desarrollo y transformaciones a... leyes lenta y difícilmente elaboradas y conocidas».¹⁰

¿Podemos hablar de un equilibrio interior y exterior entre el exilio cubano y su entorno social? ¿Conocemos ésas (u otras) «leyes lenta y difícilmente elaboradas»? ¿Conocemos los mecanismos que rigen las peculiares circunstancias de nuestra doble cultura y nuestro doble discurso? ¿Debemos recurrir a una ecología sociocultural y lingüística para enjuiciar el fenómeno extraterritorial de nuestro país? ¿Qué faceta de nuestra dualidad se manifiesta cuando Lincoln Díaz Balart alude al «Titan of Bronze» en el seno del Congreso de Estados Unidos, con la oratoria desfasada y el dedo enhiesto que asociamos tanto con Martí como con Fidel Castro? ¿Nos hallamos ante un tipo de cubano que, más que un ente híbrido, preconiza un mutante?

La memoria del exilio padece de una cómoda selectividad a la hora de contar su historia, y pocos recuerdan que la inmersión inicial de la diáspora cubana en la lengua inglesa fue un proceso de gran violentación psicológica.

¹⁰ Enrique José Varona, «Los cubanos en Cuba», *Textos escogidos*, México: Editorial Porrúa, 1974, p. 9.

No se trataba solamente, como señaló Martí, de «adquirir una lengua». Es posible que no perturbara las mentes ni quitara la raíz a los corazones, como él temía, pero la incorporación del inglés transformó mucho más que las modulaciones del habla en ese nutrido segmento de la población cubana. En un aprendizaje mimético, se adquirieron nuevos hábitos de vida y de comportamiento, nuevas formas de razonar la realidad, de reorganizar las relaciones familiares y laborales. Un paralelismo vivencial se alojó en el alma colectiva: se comenzó a vivir y a pensar en inglés, sin dejar de vivir y de pensar en cubano. En muchos casos, significó un prolongado aislamiento en estados americanos cuyos nombres resultaban impronunciables y desconocidos.

Los lapsos de la memoria del exilio apuntan hacia la discontinuidad que señalaba Rafael Rojas, los arrastres de la insularidad. Por consiguiente, la conciliación armónica de las dualidades lingüísticas puestas en práctica en el mundo académico y otros medios culturales cubanos en los Estados Unidos, presentan la sintomatología de una falta de conciencia de nuestra realidad histórica y de nuestra enajenación. La existencia del exiliado, como indicó Joseph Brodsky en su célebre conferencia de 1987 en Viena,¹¹ transcurre al margen de «discursos y sistemas políticos contradictorios». Ese margen reduce al escritor a una «insignificancia social», desde la que busca un refugio en la palabra desplazada, en el discurso de la enajenación.

En esa «tierra de nadie» planta su tienda el escritor cubano; su cuarto propio, al decir de Virginia Woolf. Es el espacio de sus libertades y sus transgresiones —las lingüísticas, las estéticas, las geográficas, las sexuales. El espacio donde erige su obra y elige el idioma de su discurso. La doble exclusión de la vida de su país y de la del *mainstream* norteamericano lo conducen a subvertir la realidad, pero la elección de «sus herejías personales» —en las palabras de Umberto Eco— es el máximo atributo del escritor, sea cual fuere su nacionalidad.

Las herejías del escritor nos resultan legendarias e inevitables —desde París o La Habana, Hemingway escribía en inglés; Kafka lo hacía en alemán, desde el ghetto judío de Praga. En su Dinamarca natal, Isak Dinesen prefirió el inglés. Cortázar y Sarduy no renuncian al español en París; ni Joyce al inglés en esa misma ciudad o en Trieste; tampoco Paul Bowles desde Tánger. ¿Puede extrañarnos que el inglés ocupe un espacio literario de la diáspora? Las teorías de Fernando Ortiz sobre la transculturación podrían reorientarse hacia nuevos significados meta-epistemológicos aplicables a la configuración extraterritorial de nuestro discurso.

Claude Levi-Strauss indicó que el cuerpo total de los mitos de un pueblo (y las imágenes que se evocan al contar y transmitir esos mitos) es comparable al desarrollo de su lenguaje. Y que, a menos que la población se extinga física o moralmente, esa totalidad no se completa nunca, pues los pueblos están en evolución constante.

¹¹ La conferencia de Joseph Brodsky aparece parcialmente citada en *Women's Writing in Exile*, eds. Mary Lynn Broe & Angela Ingram, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1989, p. 2.

De algún modo complementario a los conceptos de Levi-Strauss, Lezama Lima escribió, en uno de esos frecuentes paralelos con la tradición hebraica: «Cuando faltare la visión, se dice en el Libro de los Proverbios, el pueblo será disipado...» Esa visión común corresponde a su vez —en mayor medida que el lenguaje—, a la idea del «vínculo interno» que el padre Varela consideraba imprescindible, frente a la discordia y la falta de unidad de un pueblo: «Sólo un vínculo interno puede unir a los hombres cuando no pueden ser sometidos a los externos».¹²

A pesar de las metamorfosis de la iconología y del discurso cubanos ocurridos en las últimas décadas; y de las ambiguas demarcaciones entre los textos testimoniales y los literarios de nuestra época, el arsenal de códigos primarios insulares prevalece, se afianza y amplía intra y extra territorialmente. La tradición que lo compuso en el tiempo trasciende las adherencias lingüísticas y culturales más recientes.

«Somos un pueblo», nos recordaba Lezama, mucho antes de Lacan, «habitado por una imagen viviente, una imagen fecundante». Hemos interiorizado la imagen y los mitos que nos sacuden desde la primera mención de la isla que recogen las Crónicas. Como diosas dormidas de la fertilidad, se han decantado en la larga diacronía de los siglos. La hermosa y terrible divinidad aérea descrita en los estudios indocubanos de Fernando Ortiz, actúa a través del tiempo histórico, moldeando y encauzando nuestra identidad. Su huella es la cubanidad posible de los textos de aquéllos que escriben en lengua inglesa, los Pablos Medina, las Cristinas García.

Desde la extraña armonía dionisiaca de nuestros mitos comienza Zoe Valdés *La nada cotidiana*: «Ella viene de una isla que quiso construir el paraíso». La utopía nacional, la gran hazaña, ha quemado las alas del Ícaro del Caribe. Hemos probado del árbol del bien y del mal. Hemos interiorizado el maniqueísmo y la dualidad de un siglo que ha devorado las ideologías. Los escritores cubanos, desde sus dos discursos y su sinfín de espacios, conocen las dos caras de la máscara griega.

¹² Rojas, 14.